



“La revolución del hombre nuevo”

ES FUNDAMENTALMENTE un libro lúcido. Un libro de un obispo católico que busca dar testimonio. Conjunto de artículos y reportajes efectuados entre el mes de julio del 68 a julio del 69, donde se abordan los temas más candentes y no se le ahorran al autor las preguntas más urticantes. Mons. Podestá no rehúsa nada. Todo lo da. Y sin temor, que es lo importante; afrontando el riesgo continuo a equivocarse, pero rechazando constantemente el error por omisión.

Su contenido es, desde luego, polémico. Nunca escandaloso. Trasunta constantemente la humildad del cristiano. No hay agresión, hay afirmación, incluso devoción, siempre, compromiso.

El término “hombre nuevo”, en el que algunos han querido ver una connotación de tipo político, está aclarado en la primer página, con la reproducción de un texto del Documento N° 1 del C.E.L.A.M. en Medellín: “No tendremos un continente nuevo sin nuevas o renovadas estructuras, pero sobre todo, no habrá continente nuevo sin hombres nuevos que a la luz del Evangelio sepan ver verdaderamente libres y responsables”. En el Prólogo refirma esa máxima, aclarando cuidadosamente: “El que quiere cambiar estructuras sin cambiar al hombre, no tiene otro camino que desatar violencia, la cual podrá lograr avances estructurales pero provocará, al mismo tiempo, nuevas injusticias y sufrimientos”. Su “hombre nuevo” es el del Evangelio, pero no desconoce que a él se quiere llegar por otras fuentes. Así que a la pregunta concreta y tajante de un periodista: “¿Participa así-

mismo de la admiración por el “Che” Guevara y por Camilo Torres?”, contesta: “...No me siento inclinado a admirar la violencia, aunque esté justificada en casos extremos, pero haciendo abstracción de ideologías, reconozco con serena convicción que en Camilo y el “Che” hay una generosidad y grandeza de alma que los constituye en símbolos para la joven generación. Sólo Dios puede juzgar el grado de amor y de autenticidad con que entregaron su vida, pero la jugaron por un ideal de justicia. Y digo “entregaron”, porque es así. “Tiene razón Podestá, históricamente es así y por otra parte, están las palabras del Evangelio: “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus hermanos”.

Más adelante (pág. 36) sale al encuentro de los que buscan un “hombre nuevo” como producto de un “desarrollismo” aparentemente pacífico e incruento: “Yo creo que es preciso denunciar abiertamente el materialismo doctrinal de los sistemas colectivistas, que pese a sus aportes en el terreno de la crítica socio-económica y de su intención de liberar al hombre, concluyen esclavizándolo. Pero es preciso prevenirse también contra el materialismo práctico que se agazapa detrás de las teorías desarrollistas, a pesar de los aportes en lo técnico-económico que puedan ofrecer. Su falta de “sensibilidad humana” frente a la preeminencia que dan a lo económico, los coloca también en la pendiente resbaladiza de subordinar al hombre. Insisto en ello porque, en mayor o menor grado, caen en esta trampa —resabio liberal— quienes se dicen cristianos”.

Las preguntas y respuestas sobre los temas que conmocionan en la actualidad se suceden intermitentemente: “Se me pregunta acerca de la desorientación de la juventud... La que está desorientada no es la juventud. La que está dolorosa y lamentablemente desorientada es la generación madura, que es la que debe conducir orientando”. Si alguien supone que es una apelación demagógica para atraerse la simpatía juvenil, que siga leyendo líneas más abajo: “Su actitud (la de los jóvenes) implica que se sienten personas y que quieren actuar de persona a persona con quienquiera que sea. Pero normalmente se insinúan dos vicios en esa postura juvenil: una frecuente petulancia y un marcado nivel de irresponsabilidad”, seguida de esta aguda reflexión y advertencia: “...quisiera decir también a los jóvenes que la generación que habrá de seguirlos será mucho más exigente y los juzgará a ellos mucho más duramente aún que lo que ellos han juzgado a sus padres... ¡Qué se preparen, porque la evolución corre cada vez más rápido!”.

El tema de la violencia en sus dos vertientes: la "revolucionaria" y la "represiva", está tratado también con abrumadora claridad (pág. 86). Lo que provocará escozor para quienes tienen impenetrablemente cerrado un ojo para una realidad y abren desmesuradamente el otro para ubicarse en la condena fácil y conformista.

Omitimos al lector el catálogo de otros temas que con admirable poder de síntesis verá desfilar en este conciso trabajo. Aún a riesgo de perder la objetividad que debe tener el comentarista de un libro (objetividad que, a decir verdad, es siempre supuesta más que real) queremos hacer una observación marginal. Este libro —edición del autor— apareció a fines del año pasado. Sin embargo su crítica ha sido considerablemente retaceada. Conocemos sólo una nota bibliográfica aparecida en el suplemento literario de un matutino de esta capital. Son unas pocas líneas, donde la intención aviesa impregna todo su contenido. El remanido recurso de entresacar citas sin aclarar el contexto que las explicita, tiene como único objeto dar la impresión de que está ante un libro de contenido herético. Justamente publicado en un diario cuyos directores —el del diario y el del suplemento— pertenecen a la masonería... Aceptémoslo como un dato curioso. Pero reafirmemos que lo que dice Mons. Podestá no es para el silencio. Su compromiso, además de esa lucidez que señalábamos al principio, revela una honestidad intelectual que debe ser respetada.

Aunque no esté escrito, de los cómodos no ha de ser el reino de los cielos. ♦

NORBERTO D'ATRI

DARIO PUCCINI

Miguel Hernández, Vida y Poesía

Buenos Aires, Ed. Losada, 1970. — 223 pp.

Miguel Hernández no es tan conocido como Federico García Lorca, pero era como él, un gran poeta en la época de la Guerra Civil española. Condenado también a muerte por su propaganda comunista, esa pena fue condonada por la intercesión de Mons. Baudrillard. Alma inquieta, arrebatada y sensibilísima, la influencia de Vicente Aleixandre y Pablo Neruda no acrecentaron su vigor poético, pero menoscabaron su fe religiosa. Ex alumno de los jesuitas de Orihuela, por los que siempre

conservó un gran respeto y hasta un entrañable cariño, fue arrebatado por el medio ambiente de izquierda, cuando la guerra civil en España.

Puccini, que es el postrero y sin duda el mejor de sus biógrafos, valiéndose, ya de sus cartas, ya de sus poesías, larga y sensiblemente nos hace asistir a esa vida atormentada, a ese hogar constituido durante aquellos aciagos años, de luchas intestinas, y tantas veces deshecho por los vendavales de la guerra y reconstruido por el amor: él en las cárceles, ella en la mayor miseria y abandono:

Mis ojos, sin tus ojos, no son ojos...

y acaba con un terceto que dice así:

Los olores persigo de tu viento
y la olvidada imagen de tu huella,
que en ti principia, amor, y en mí ter-
[mina...

Citando a Arturo de Hoyo, otro de los biógrafos de Hernández, escribe Puccini que "siglos de catolicismo han dado al español un furioso y triste sentido de amor", pero no parece que fueron tales siglos de catolicismo sino algunos años de propaganda comunista lo que despertó en este poeta ese furioso sentido erótico:

No me conformo, no: me desespero
como si fuera un huracán de lava
en el presidio de una almendra esclava
o en el penal colgante de un jilguero.
Besarte fue besar un avispero
que me clava al tormento y me desclava
y cava un hoyo fúnebre y lo cava
dentro del corazón donde me muero.

Más aún que en Neruda, la ruptura con el pasado tradicional de la España católica se manifiesta en unos ímpetus de regocijo y de entusiasmo optimista:

Sali de llanto, me encontré en España,
en una plaza de hombres de fuego impe-
[rativo.
Supe que la tristeza corrompe, enturbia,
[daña...
Me alegré seriamente lo mismo que el
[olivo.

Poesía de granito y de acero es la de Miguel Hernández y nada extraño es que su influencia en España, y aun en América, haya sido y sea enorme para sacudir a la juventud y aun derribarla de un soplo:

La sangre me ha parido y me ha hecho
[preso,
la sangre me reduce y me agiganta,
un edificio soy de sangre y yeso

que se derriba él mismo y se levanta sobre andamios de huesos...

Dario Puccini, barajando unas veces las cartas del poeta y otras veces sus composiciones poéticas, nos da una visión tan asombrosa de este joven español, que obliga al lector a simpatizar enormemente con él, aunque rechace y hasta maldiga su ideario sin Dios y sin alma inmortal, no obstante toda la espiritualidad de que están impregnados sus versos.

JUAN CARDIFF

ALBERTO BLASI BRAMBILLA

"José Mármol y la sombra de Rosas" **Ed. Plasmar**

Buenos Aires, 1970, 287 pp.

Después de leer esta obrita, podemos decir que existe un intermedio entre la fatigosa lectura y el placentero procedimiento audio visual, y es el leer un escrito de la vivacidad, espontaneidad, ligereza y aparente superficialidad que caracteriza este volumen. Lejos de parecerse a un bloque de mármol, a un rollizo de quebracho, como tantos otros libros, su simil más cabal es la coloreada mariposa.

"La figura de José Mármol me fascinó", comienza diciendo el autor, y evidentemente leyó, fascinado, todos los escritos de ese versificador grandilocuente, de ese escritor tan desigual que, unas veces lleva al lector por vericuetos difíciles e ingratos, otras veces, por caminos de polvoriento ripio y, no pocas veces, por comodísimas carreteras, flanqueadas de bellezas encantadoras", y a la postre, halló que José Mármol era "un hombre paradójico, pleno de contradicciones", lo que equivale decir un medio o un tercio de hombre.

Vida, semblanza y justiapreciación de Mármol, es lo que nos ofrece Blasi Brambilla y llega a la síntesis a lo que de sí dijo Mármol:

**Yo soy un hombre que tranquilo rompo,
desde que niño fui, cuanto he querido.
Primero mis cometas, y mi trompo;
mi cartilla, después, y mi vestido.**

**Y mi lengua, después, y escribo pompo,
si el consonante trompo se ma ha ido.
Después mi corazón, en mil pedazos
y del mundo, después, todos los lazos.**

"¿Complejo de Job?", se pregunta el autor, y responde: "No". "Algo mucho más profundo todavía nos está señalando esta autodestrucción inculpable e insensible, casi para todos los demás. Su infancia desdichada, corazón adentro. ¿Dónde estaba esa desdicha, cuando lo hemos visto corretear sol, y de las tardes de verano interminables, cuando, metiéndose en el Río de la Plata hasta la cintura, se ponía a pescar, con unos rudimentarios aparejos, inservibles piezas que luego devolvían a las aguas a montones?"

"Todo aquello iba dentro suyo, solamente. Una irremediable melancolía invadía ya al niño José Pedro Crisólogo Mármol. Algo así como el sentimiento de un continuo adiós, que se transfiguraría, años más tarde, en melancolía y tristeza, desazón y desesperanza que le imprimiría su sello como buen romántico que fue:

**Yo soy un hombre que tranquilo rompo,
desde que niño fui, cuanto he querido...**

Vida disipada, mujeriega, saltarín "se enreda en múltiples aventuras amorosas". "Fue un joven sin control alguno de sí mismo. Una especie de fuego arrollador hervía en sus venas y, para peor, su profesor de Filosofía, el tan ponderado Alcorta, era de esos a cuyas clases damos el calificativo de macaneo", pero que por entonces estimulaba a los futuros abogados porteños, abriéndoles la visión del futuro, junto a los ojos del presente. Los hacía sentir una especie de héroes de sí mismos, alentados por la euforia y hasta por la pedantería del joven profesor".

Lo mismo que esa juventud de hoy, le brazos de la holgazanería y de la sensualidad, Mármol se creía un redentor, un leader providencial, llamado a salvar al género humano, a lo menos al del Río de la Plata, por la fuerza, por la violencia, y en 1841 publica su "Muera Rosas - Grito del Pueblo", y después edita "El Puñal". Lo más gracioso o pintoresco es que, como escribe Blasi, "no sólo brinda su doctrina con grande y alto desparpajo, sino que llega a considerarla verdaderamente redentora". Ni se había percatado que, con la excepción de unos pocos, que no simpatizaban con Rosas, ni el uno por mil, todos los demás 999 gritaban a pleno pulmón y

con sobrada razón "Viva Rosas". Este sí que era el grito del Pueblo. Ni podía ser de otra suerte, ya que era el primer gobierno patrio serio, con sentido de responsabilidad, dirigido todo él al bien común, de abajo hacia arriba y no de arriba hacia abajo. Fue, aunque parezca paradójico, el primer y tal vez el único gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Bien pudo decir Sarmiento, con relación a las maldiciones que, contra Rosas, profería Manuel, desde la otra banda del Río de la Plata, que llegaban a ésta pero no había oídos sino orejas en su Patria para escucharlas.

Y después de Caseros, este hombre llegó a ser Senador y creyó que con el diploma tenía toda la ciencia requerida, hasta el extremo de que, en una ocasión, le dijera Vélez Sársfield: "No se meta en lo que no entiende". "El fantasma de la dictadura está siempre presente en sus lucubraciones", agrega Blasí Brambilla. "Ve fantasmas por todas partes. Algunos no tan intangibles, por cierto. Arremete con furia contra el gobierno bonaerense, porque "no emprende camino alguno, no prepara nada, no intentaba ni elegía ni decía nada, y dejaba a la Providencia, en su decir, con el modo de ser actual, que por otra parte no dejaba de ser el peor de los modos posibles".

Ese galimatías, quería decir que Mármol no se sentía seguro él mismo. Que hubiese deseado la constitución de un ejército fuerte y poderoso, que la provincia no estaba en condiciones de erigir. Y —contradictorio permanente— en otra sesión se opone a que se inviertan dos millones de pesos fuerte, de los de entonces, para la constitución de una fuerza regular que guardase las fronteras". "Es, dijo, la contribución más injusta que hará el pueblo, para defender a cuarenta hacendados".

También Sarmiento en el recinto del Senado le tildó de incompetente y masculió con ironía: "Feliz el señor senador que vive con una enciclopedia en su cabeza...". Y el implacable y erudito Vélez Sársfield, luego de escuchar una estadística sorprendente, que no se encontraba consignada en ninguna parte, agrega mordazmente: "Yo también le bato las manos por la originalidad...".

"Pero Mármol sigue. Hay que reconocer que dice bien. Su elocuencia desborda en tropos, imágenes y metáforas, y la esencia de sus discursos apuntan a un panamericanismo incipiente, pero ya necesario entre nosotros. Se preocupa por la educación, en especial la de los indígenas que asolan el sur de la provincia. Preocupación que, naturalmente, corresponde con las otras suyas

en torno a la seguridad. "Procurar civilizados con dádivas es una utopía", afirma. Y añade luego una paridad sorprendente; es decir, sorprendente para sus ideas. Y esclarecedora, también: "La civilización se da por medio de la escuela y del sacerdote".

"¿Qué ideas políticas sustenta Mármol durante los debates?, pregunta Blasí Brambilla, y responde: "Si bien cuando está sentado en la banca, una catarata de ígneas imágenes y no menos volcánicas referencias históricas, tienden a establecer su también romántico perfil de hacedor y guardián de los principios liberales, en una carta a Guido, escrita entre el tumulto de dos reuniones borrascosas, se le escapa la confidencia indeseada: "¡Ay, amigo! ¡Qué aburrido estoy de la democracia, a pesar de las peroraciones de Echeverría y de la Revolución de Mayo!"

Es, sin duda, en sentido irónico que escribió Blasí estas líneas, en elogio de Mármol, ya que había que hallar algo en que dejarle bien parado: "Otras de sus ideas resultan realmente modernas, y acordes con la visión, que debe caracterizar a un hombre de futuro; como aquella de que la abolición del pasaporte es una de las grandes conquistas de la época moderna".

Como Senador y como Director de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, Mármol no hizo sino hablar, hablar, hablar, y si en el recinto de las Leyes hubo quienes le supieron frenar, en la Biblioteca nadie hubo quien mirara por los libros y así se explica el que desaparecieran varios volúmenes de manuscritos, reunidos tan paciente como sabiamente por Seguro. Es que "Mármol no tiene visión de futuro. No sabe —ni le importa saberlo— que una biblioteca también se compone de esas cosas intrascendentes, en apariencia, pero que con el tiempo pueden tomar un valor inusitado como documento histórico y como testimonio.

"Hay poco espacio, allí. Y el increíble Mármol tiene una idea disparatada: deshacerse de todos los libros de vidas de Santos, donándolos a algún convento. Sigue sin tocar la realidad burocrática con sus pies. La idea, felizmente, no se lleva a cabo. Ninguno de sus colaboradores le hace caso, y los santos siguen en su lugar de siempre. No son tontos. No hubiesen resuelto ningún problema de espacio. Tampoco es verdad que junto a las vidas de santos, Mármol se hubiese propuesto deshacerse de toda la teología y buena parte de la filosofía teológica, como lo sugiere Groussac. Simplemente tomó su desquite contra las vidas de esos varones, vaya a saber por qué".

Y al hombre que "acabó con Rosas", así lo aseveraba Mármol de sí mismo, le nom-

(Continúa en la pág. 46)